

---

# UN ECONOMISTA SOCIALISTA: LÉON WALRAS\*

---

Charles Peguy<sup>1</sup>

\* DOI: <https://doi.org/10.18601/01245996.v28n54.07>. Este texto es una traducción del original de 1897 y no recibió ninguna subvención específica de agencias de financiación del sector público, comercial o sin fines de lucro. Sugerencia de citación: Peguy, C. (1897/2025). Un economista socialista. Léon Walras (J. C. Cuevas & A. Castrillón Mora, Trans.). *Revista de Economía Institucional*, 28(54), 159-177.

<sup>1</sup> *Études d'économie sociale (Théorie de la répartition de la richesse sociale)*. – Lausanne: F. Rouge, libraire-éditeur, 4, rue Haldimand; Paris: F. Pichon, imprimeur-éditeur, 24, rue Soufflot, 1896. Traducción de Juan Carlos Cuevas, Doctorando en la École d'Urbanisme de Paris - Lab'Urba, Université Paris-Est Créteil, [[juan-carlos.cuevas@u-upe.fr](mailto:juan-carlos.cuevas@u-upe.fr)], [<https://orcid.org/0000-0001-7421-0682>] y de Alberto Castrillón Mora, Especialista en Historia Económica. Profesor, Universidad Externado de Colombia, Bogotá, Colombia, [[alberto.castrillon@uexternado.edu.co](mailto:alberto.castrillon@uexternado.edu.co)], [<https://orcid.org/0000-0002-0733-1318>].

### Un economista socialista: León Walras

*Resumen* Este documento presenta la traducción al español del ensayo de 1897 de Charles Péguy sobre León Walras, junto con un análisis contextual del intercambio intelectual entre ambos. Se examina la recepción temprana de la economía pura en Francia y se muestra cómo Péguy reconoce en el método matemático walrasiano un intento por fundar una ciencia económica rigurosa. Sin embargo, el texto subraya la tensión entre la “mística” republicana e inmediata de Péguy y la “matemática” gradualista de Walras. Mientras Walras propone la nacionalización de la tierra mediante un mecanismo de recompra a largo plazo para conciliar liberalismo y justicia social, Péguy rechaza cualquier solución que difiera la justicia presente en nombre de un equilibrio futuro. El trabajo destaca así la dicotomía entre eficiencia técnica y exigencia moral en la economía política.

*Palabras clave:* Economía matemática; socialismo científico; justicia social; León Walras; Charles Péguy; JEL: B13, B24, D63.

### A Socialist Economist: Léon Walras

*Abstract* This document presents a Spanish translation of Charles Péguy’s 1897 essay on Léon Walras, accompanied by a contextual analysis of the intellectual exchange between the two authors. The text examines the early reception of pure economics in France, highlighting how Péguy appreciates the rigor of the Walrasian mathematical method in establishing a true economic science. However, the fundamental tension between Péguy’s republican “mystique” and Walras’s gradualist “mathematics” is exposed. While Walras proposes land nationalization through a long-term amortizable buyback mechanism to reconcile economic liberalism with social justice, Péguy ethically rejects any solution that postpones immediate justice for the sake of future equilibrium. The work explores this dichotomy between the technical efficiency of general equilibrium and the moral demands of socialism.

*Keywords:* Léon Walras, Charles Péguy, mathematical economics, social justice, land rent, history of economic thought; JEL: B13, B24, D63.

### Um Economista Socialista: Léon Walras

*Resumo* Este documento apresenta uma tradução para o espanhol do ensaio de 1897 de Charles Péguy sobre Léon Walras, acompanhada de uma análise contextual do intercâmbio intelectual entre os dois autores. O texto examina a recepção inicial da economia pura na França, destacando como Péguy valoriza o rigor do método matemático walrasiano para constituir uma verdadeira ciência econômica. No entanto, expõe-se a tensão fundamental entre a “mística” republicana de Péguy e a “matemática” gradualista de Walras. Enquanto Walras propõe a nacionalização da terra através de um mecanismo de recompra amortizável a longo prazo para conciliar o liberalismo econômico com a justiça social, Péguy rejeita eticamente qualquer solução que adie a justiça imediata em prol de um equilíbrio futuro. O trabalho explora esta dicotomia entre a eficiência técnica do equilíbrio geral e as exigências morais do socialismo.

*Palavras-chave:* Léon Walras, Charles Péguy, economia matemática, justiça social, renda da terra, história do pensamento econômico; JEL: B13, B24, D63.

## UN ECONOMISTA SOCIALISTA: LÉON WALRAS

**A**l estudiar los fenómenos económicos generales relativos tanto a los Estados como a los individuos mediante métodos matemáticos, M. Léon Walras ha instaurado verdaderamente una ciencia. Nos ha proporcionado sus fundamentos en su obra *Elementos de Economía Política Pura*<sup>2</sup>, y así como teníamos la mecánica matemática y la física matemática, con la misma exactitud y el mismo sentido, ahora disponemos de la economía matemática.

Para que esta nueva ciencia fuese posible, era necesario que cumpliera con una condición interna: que su objeto no fuera ajeno a sus métodos. Ahora bien, los fenómenos económicos, incluso considerando solo aquellos que son generales, nos son dados, en cierto sentido, de forma muy heterogénea: era preciso abstraer, de estos fenómenos heterogéneos, los elementos homogéneos a los que únicamente pueden aplicarse métodos matemáticos.

Para que esta ciencia pudiera comenzar a desarrollarse, era imprescindible abstraer y seleccionar, de entre esos elementos homogéneos, todavía muy complejos, las nociones y principios más simples.

La economía matemática, tal como M. Walras nos la presenta, satisface estas condiciones: supone, por ejemplo, una competencia perfectamente libre ejercida por individuos exactamente iguales entre ellos, o, para ser más preciso, de la competencia tal como la conocemos —frecuentemente distorsionada por restricciones y por ende heterogénea— ejercida por individuos no solo diversos sino desiguales entre sí, abstrae una competencia homogénea ejercida por individuos iguales. Por tanto, está fundada para contar y medir, establecer relaciones, calcular *máximos*; está justificada para buscar mediante el análisis matemático la solución de los problemas que le son propios; está fundada para representar mediante curvas las variaciones de las magnitudes que considera; los equilibrios económicos adquiridos podrán constituirse en verdaderas igualdades; los equilibrios económicos buscados podrán constituirse en verdaderas ecuaciones.

De estos elementos abstractos homogéneos, todavía muy complejos, M. Walras abstrae aún más y escoge, para comenzar por ellos, unos elementos homogéneos simples, fundamentales, de manera que de ellos se puedan hacer deducciones y que con ellos se deba construir toda la serie de elementos homogéneos secundarios cada vez más complejos.

<sup>2</sup> Tercera edición, 1896.

Proponiéndose, por ejemplo, estudiar la riqueza tal como es, M. Walras la consideraba como estando, si no constituida, al menos representada en cantidad por el conjunto de los valores; para estudiar los valores tal como son, él admitía que son las únicas condiciones variables de los intercambios y que, por consiguiente, conociendo las leyes invariables del intercambio, el cálculo de los valores podía deducirse directamente; para estudiar los intercambios, elegía el más simple de todos: el trueque de dos mercancías entre dos trocadores. Entonces y así podía comenzar la Economía política pura.

Es también así que, proponiéndose estudiar la sociedad como debe ser, M. Walras la considera como si fuera una persona moral constituida por un conjunto de individuos que son, ellos también, personas morales; hay tantas personas morales como unidades morales irreductibles, y la Economía social puede entonces comenzar.

La Economía política pura comenzará, pues, por estudiar el trueque y el valor del trueque. Solo podrán tener este valor las mercancías que son a la vez útiles y limitadas en cantidad. Este valor será función de varias variables que se reducen en última instancia a dos: la cantidad de la mercancía y la necesidad del trocador. Este valor, a su vez, será condición variable del trueque, pero será la única variable, y así, dados un trueque y la ley invariable del trueque, si sabemos cuánto vale uno de los dos objetos intercambiados, podremos inferir directamente el valor del otro.

¿Cuál es, entonces, la ley invariable del trueque?

Según Stanley Jevons, cada uno de los dos trocadores “toma” su “decisión de manera que obtenga la *suma más grande posible de satisfacción de sus necesidades*”<sup>3</sup>. “El trueque jevoniano es entonces una operación por la cual los dos trocadores llevan la satisfacción de sus necesidades al máximo compatible con la condición de que uno ofrezca de su mercancía tanto como el otro la demande y demande de la mercancía del otro tanto como aquel ofrezca, es decir, a un máximo relativo que permite la subsistencia del derecho de propiedad de cada trocador sobre su mercancía”<sup>4</sup>.

Según Hermann-Henri Gossen, las dos mercancías se repartirían entre ambos trocadores de manera que ambos obtengan *la mayor suma posible de satisfacción de sus necesidades*. El trueque gosseniano “es, pues, una operación mediante la cual la satisfacción de las necesidades de ambos trocadores en conjunto es llevada al máximo absoluto y ya no relativo, sin tomar en cuenta las cantidades de mercancías poseídas

<sup>3</sup> Page 208 (*Théorie de la propriété*).

<sup>4</sup> Page 209 (*Théorie de la propriété*).

inicialmente y, por tanto, prescindiendo del derecho de propiedad de cada trocador sobre su mercancía”<sup>5</sup>.

M. Walras no podía escoger este último trueque para considerarlo como la más simple de las operaciones económicas y ello por, al menos, dos razones: una razón previa de método particular, de método interno de la economía matemática, y una razón decisiva de método general, de método. Externo a la economía política pura.

Por una razón de método particular: los dos trocadores, los dos negociantes son, en un sentido, propietarios y en otro, competidores. En tanto que propietarios, unidades poseedoras, el trueque de Gossen los altera, no los deja idénticos a sí mismos y, con ello, reintroduciría la heterogeneidad al comienzo de la nueva ciencia.

En tanto que competidores, unidades competidoras, el trueque de Gossen supone que no son libres; pues si es natural que cada uno de los dos trocadores, dejado en libertad, busque procurarse la mayor suma posible de satisfacción de sus necesidades, no es natural que alguno de los trocadores, dejado en libertad, consienta que disminuya su máximo individual, si este es el mayor de los dos, hasta que disminuya al nivel máximo de otro individuo que sería menor; ahora bien, basta con que la competencia no sea exactamente libre para que lo heterogéneo sea, una vez más, reintroducido al principio de la nueva ciencia.

Por una razón decisiva de método general, de método externo a la economía política pura, del método según el cual se establecerán las relaciones de esta ciencia con lo que no es ella, en particular con la ciencia de la sociedad, con la “ciencia social”, donde interviene el derecho: en efecto, el trueque de Gossen, al no respetar la propiedad individual tal como está dada antes de la operación, tal como está dada en el instante que precede exactamente a la operación, al no respetar este hecho económico, altera el hecho natural económico, lo que uno podría llamar el ser económico, y, al no respetar la libertad de la competencia individual, altera el derecho económico de las personas morales, de la sociedad, de los individuos unidos en sociedad, lo que podría llamarse el derecho social. Ahora bien, M. Walras está bien decidido a no contentarse con una solución que no respete exactamente, a la vez, el ser económico y el derecho social. Puesto que el trueque de Gossen altera ambos, es evidente que nunca podría deducirse de él, mediante métodos matemáticos ni una ciencia económica ni los elementos de un arte social donde ambos fueran exactamente respetados.

<sup>5</sup> Page 209 (*Théorie de la propriété*).

El trueque jevoniano, por el contrario, deja a los dos trocadores exactamente idénticos a sí mismos en tanto que propietarios, exactamente libres en tanto que competidores: el método interno y el método externo de la nueva ciencia nos llevan, pues, a la vez a elegir el trueque jevoniano para considerarlo como la operación más simple de todas las operaciones económicas. La Economía política pura, conociendo la ley de este trueque, podrá deducir, a través de complicaciones progresivas y crecientes, según los métodos matemáticos, las leyes cada vez más complejas de los intercambios y el conocimiento de la riqueza tal como es.

Conociendo así el ser económico como es, conociendo la riqueza como es, habrá lugar para estudiar el derecho social, habrá lugar y será posible estudiar cómo debe organizarse la sociedad respecto a la riqueza. La tarea de la sociedad, según M. Walras, es doble: para satisfacer el interés común, el interés de todos los individuos considerados en ella, considerados en conjunto, debe producir la mayor riqueza posible; para satisfacer los derechos individuales de todas las personas morales consideradas separadamente, debe repartir con exacta justicia la riqueza así producida.

Calcular, en la medida de lo posible, de acuerdo con los métodos matemáticos, los mejores medios sociales para producir la mayor riqueza social posible, en trabajo agrícola, en trabajo industrial, en trabajo comercial y en las otras formas de trabajo humano: tal será el objeto de los *Estudios de Economía Política Aplicada*, que M. Walras debe proporcionarnos pronto.

Calcular, de igual manera, los mejores medios sociales para repartir en justicia exacta la riqueza entre todas las personas morales, una vez que haya sido producida la mayor posible: tal es el objeto de los presentes *Estudios de Economía Social*.

Este último cálculo se propondrá dos fines, dos soluciones sucesivas: en efecto, primero, así como los geómetras construyen figuras que satisfagan a tales condiciones dadas, nosotros también debemos construir una sociedad ideal que satisfaga la condición dada de que la riqueza social sea repartida con exacta justicia entre todas las personas morales; y, dado que M. Walras está bien decidido a no contentarse con una solución que no respetara, a la vez, exactamente el ser económico y el derecho social, deberemos calcular, si es posible, los mejores medios para transformar al ser económico, tal como nos está dado, sin irrespetarlo jamás, hasta que esté conforme al ideal social, sin alterar jamás este ideal. Buscar el ideal social, buscar los medios de realizarlo: tales son los dos fines que M. Walras se ha propuesto.

El comienza distinguiendo dos clases de personas morales: aquellas cuyo origen es individual, es decir los individuos mismos, las familias, las asociaciones voluntarias; y aquellas cuyo origen es colectivo, como los Estados, los distritos, los municipios. Nos será más sencillo considerar solo a los individuos para la primera clase y al Estado para la segunda. Según M. Walras, la riqueza social será repartida con justicia exacta si cada persona moral obtiene, en el momento de la repartición, la parte de riqueza que produjo con sus propios medios, con los medios de los que es propietaria. La pregunta se reduce, entonces, en buscar cuáles medios son propiedad de cada persona moral. Según M. Walras, los individuos tienen la propiedad de sus capacidades individuales; al Estado le corresponde la propiedad de todos los medios que no son capacidades individuales y que, por ende, ningún individuo podría poseer: la propiedad de los medios colectivos, de lo que se podría llamar las facultades colectivas, como la tierra, lo que comúnmente llamamos los otros grandes medios de producción, sin olvidar los grandes medios de comunicación e intercambio<sup>6</sup>.

La sociedad ideal será, entonces, aquella en la que, entre los medios de producción, los individuos posean sus capacidades individuales y el Estado las facultades colectivas; en la que, entre las riquezas producidas, los individuos obtengan las que hayan producido con sus facultades individuales y el Estado las que hayan producido las capacidades colectivas. Por su parte, los individuos harán lo que quieran según las leyes de la libre competencia; con su parte, el Estado se encargará de asegurar los servicios públicos.

Siendo este el ideal social, ¿cómo realizarlo sin dejar jamás de respetar el ser económico?

Así como, si llegamos a usar ciertas leyes físicas y a transformar de esa manera el ser físico, solo es posible disponiendo para nuestros fines las propias leyes físicas, sin jamás alterarlas, de igual modo M. Walras, para transformar el conjunto de los fenómenos económicos, va a disponer de una serie de aquellos fenómenos, sin alterarlos. Ha observado, después que James Mill y Gossen, que en una sociedad progresiva, la renta de la tierra está en plusvalía constante; y ha sido el primero en observar que, en la sociedad actual, la renta de la tierra estaría, sin tardar mucho, en una plusvalía fuertemente creciente.

Una sociedad progresiva es una sociedad donde la población aumenta y donde se incrementa el capital, es decir, en última instancia, el conjunto de las riquezas producidas y no consumidas, de las riquezas

<sup>6</sup> Page 347. Note. (Réalisation de l'idéal social. *Théorie mathématique du prix des terres et de leur rachat par l'État.*)

reservadas, presentes, listas y disponibles: en tal sociedad, la renta de la tierra está en plusvalía constante, es decir, que el servicio de la tierra crece constantemente en valor, que la parte de la tierra en el conjunto de los valores es cada vez mayor, en términos absolutos.

Eso no es todo: la sociedad actual, ha observado M. Walras, está pasando de la edad agrícola a la edad industrial y comercial; en general los cultivos industriales o intensivos tienden a reemplazar los cultivos agrícola o extensivos. Esta es una transformación de capital importancia, y la renta de la tierra debe recibir de ella una plusvalía fuertemente creciente.

Ahora bien, estas dos condiciones, estas dos circunstancias —que la sociedad actual es una sociedad progresiva y que la sociedad actual pasa de la era agrícola a la industrial— no son dadas a los actuales poseedores de la tierra por un empleo o ejercicio individual de sus facultades individuales. Son condiciones de origen social, circunstancias de origen social, no individual. Por tanto, es justo que el producto de estas condiciones, el efecto de estas circunstancias, sea también social; es justo que la plusvalía así producida sea atribuida a la sociedad.

Llevando hasta las últimas consecuencias este principio así establecido, Mill quería que el Estado se beneficiara de toda la plusvalía futura. Bastaba, para que así fuera, que esta fuera absorbida por el impuesto.

Más tarde, Gossen observó muy bien que los propietarios actuales compraron, con sus tierras, la plusvalía eventual de esas tierras. No es, pues, justo que el impuesto se la arrebate. Convendrá que el Estado compre las tierras y las pague al precio corriente, como un simple individuo. El Estado solo se beneficiará de las ventajas que le asegura su perpetuidad, se endeuda más barato que los particulares, puede no obtener su rendimiento sino a muy largo plazo, suscribir los contratos de arrendamiento a término muy prolongado: el Estado se beneficia de numerosas ventajas en la competencia que mantiene contra los individuos, y esas ventajas son bastante considerables para que habiendo hecho la compra de todas las tierras pueda, debido a sus ventajas, amortizar toda su deuda y asegurar, sin impuestos, todos los servicios públicos.

Por su parte, M. Walras observa a su vez que el Estado solo se beneficia de estas ventajas frente a aquellos de sus competidores que son especuladores; no se beneficia de ellas frente a los poseedores de ahorros. En efecto, si el especulador—e incluso el propio Estado—se ven obligados a endeudarse, el ahorrador, en cambio, ya tiene su capital disponible. Además, existe una perpetuidad del ahorro: éste



se hereda regularmente de padre a hijo. Así, el titular del ahorro también puede no utilizar sus rendimientos hasta un plazo muy largo y firmar contratos de arrendamiento con plazos extensos. Si, en aras de obtener mayores beneficios inmediatos, decide no hacerlo, es porque no toma en cuenta los intereses de su descendencia. Es como si se vendiera a sí mismo —junto a los suyos— en un *usufructo vitalicio*<sup>7</sup> cuyo vencimiento puede tardar varias generaciones, pero al fin y al cabo, es un usufructo vitalicio. Se trata de una operación puramente egoísta en la cual no es razonable confiar.

Así, por un lado, si el Estado recompra las tierras al precio vigente, despoja a los propietarios actuales de la plusvalía futura que estos adquirieron; no respeta la esencia económica. Por otro lado, si las recompra al precio de mercado, resulta inadmisibile que se beneficie de las ventajas inherentes a su condición estatal; no podría hacerlo sin alterar el derecho social.

¿Acaso es imposible calcular la recompra de tierras bajo la condición de respetar simultáneamente, y de manera exacta, tanto la esencia económica como el derecho social? M. Walras considera que no lo es.

En efecto, M. Walras distingue en la plusvalía futura dos componentes: aquel que surge de la circunstancia de que la sociedad actual es una sociedad progresista; quel que proviene de que dicha sociedad se halla, en general, en vísperas de transitar hacia la era industrial. Ahora bien, según su razonamiento, los propietarios actuales sí pudieron calcular —de manera más o menos explícita— el primer componente, así como adquirirlo y pagarlo; pero no debieron considerar el segundo: ni calcularlo, ni adquirirlo, ni pagarlo. Por tanto, no existe motivo para recomprarlo junto con el resto. El Estado realizará la recompra de tierras a un nuevo precio, que será su verdadero precio normal, determinado mediante un cálculo donde: se incluye como dato del problema el primer componente de la plusvalía futura; se excluye el segundo.

El Estado solo se beneficiará de este último componente, pero incluso así reducido, su ganancia será suficiente: tras *m* años —por retomar la terminología de M. Walras—, el Estado habrá terminado de amortizar su deuda (incluyendo el empréstito contraído para efectuar la propia recompra). De este modo, recuperará la propiedad de todas las facultades colectivas y podrá comenzar a financiar, con sus propios

7 En francés, *vente en viager*: una forma de venta inmobiliaria en la que una persona —generalmente mayor— vende su casa o propiedad a cambio de una renta vitalicia (nota de la traducción).

recursos y sin impuestos adicionales, todos los servicios públicos. Y todo ello sin haber despojado a un solo propietario de su propiedad individual, en tanto esta tenía valor pero solo en cuanto a lo que esta era; tras *m* años, comenzará el reinado soberano del derecho social, y su advenimiento no habrá alterado en absoluto la esencia económica. Tras *m* años, tendrá lugar —por así decirlo— la intersección entre el derecho, ahora pleno, y la esencia siempre intacta.

Y esta es la solución que M. Walras nos propone para la cuestión social.

Algunos podrían atacar su método, considerándolo cuanto menos superfluo: “¿De qué sirve? —dirían—, ¿para qué tantas curvas y fórmulas para constatar verdades tan simples?”. Estos críticos, sin embargo, solo habrían leído las primeras páginas de los *Elementos de Economía Política Pura* y se asemejarían a alumnos que, en la escuela primaria, se negaran a iniciar el estudio geométrico de la geometría bajo el pretexto de que “en un triángulo, salta a la vista que se pudo, más bien, seguir en línea recta que pasar por el otro vértice”.

Tales alumnos pronto descubrirían que, en realidad, no ven nada en absoluto, mientras sus compañeros avanzan metódicamente en geometría por haber seguido el método riguroso de la geometría. De igual modo, la antigua economía política llegaba rápidamente a proposiciones simples, bastante vagas y en parte erróneas, para luego estancarse. En cambio, la nueva economía —tal como M. Walras la presenta— está diseñada para progresar regularmente, indefinidamente.

Y aun si la antigua y la nueva economía nos condujeran a conclusiones aparentemente idénticas, estas no tendrían ni el mismo sentido ni el mismo valor, puesto que las unas serían científicas y las otras no, unas serían demostradas, las antiguas no lo serían. El método matemático dista de ser superfluo en esta materia; es precisamente este método el que ha otorgado a M. Walras, en la batalla de las ideas económicas, esa ventaja incontestable que él atribuye a sus principios.

Nos parece que esta ventaja no es inherente a sus teorías ni les es intrínseca, sino que es previa y anterior, y deriva únicamente del método: la prueba está en que la mayoría de los argumentos con que M. Walras controvierte, por ejemplo, a algunos de sus adversarios socialistas, se presentarían menos fácilmente si estos últimos hubiesen comenzado, como él, por abstraer expresamente lo homogéneo de lo heterogéneo y lo simple de lo complejo.

Por el contrario, a otros podría parecerles que, dada la complejidad de los fenómenos económicos, la economía matemática es demasiado

simple. Estos deberían recordar que las primeras proposiciones de la geometría son, también, muy simples, sin que esta simplicidad prohíba en absoluto las complicaciones ulteriores. Les bastaría con releer esta respuesta perentoria de M. Walras —particular respuesta— pero válida para toda su obra: “Lo hice de la manera más simplificada posible, y prácticamente todas las críticas que se me han formulado han consistido en señalarme las complicaciones de las cuales había prescindido. Mi respuesta a estas críticas es sumamente sencilla. El objetivo que me propuse al intentar elaborar, por primera vez, la economía política pura en su forma matemática fue exponer y explicar el mecanismo de la producción reduciéndolo a sus elementos esenciales. Corresponde a los economistas que vengan después de mí incorporar, una a una, las complicaciones que quieran. Así, ellos y yo, pienso, habremos hecho, lo que nos correspondía hacer”<sup>8</sup>.

Por último, si bien algunos —aun reconociendo que el método matemático no es superfluo para constituir la ciencia de la economía pública, y admitiendo que, sin duda, esta ciencia no alcanza a captar toda la complejidad de lo real viviente, pero que sus hallazgos, no obstante, subyacen siempre, por así decirlo, a dicha realidad— desconfiaran de esta ciencia misma y de su relevancia, temiendo que en ella se cayera en cierta complacencia autoreferencial, esos no habrían sido impactados por las admirables y decisiva palabras en las que el propio sabio delimita el alcance de la ciencia: La reforma social “debe proceder simultáneamente del sentimiento socialista y de la ciencia económica”<sup>9</sup>. “Conservemos la fe y adquiramos la ciencia”<sup>10</sup>. Y cuando se trata de evaluar la plusvalía de la renta del suelo: “En la materia que nos ocupa, como en toda materia de ciencia aplicada, la teoría no provee sino la fórmula abstracta; le corresponde a la observación y a la experimentación dar valores concretos a los coeficientes de esta fórmula”<sup>11</sup>.

Y cuando el sabio nos propuso la solución que cree mejor para la cuestión social: “Puede ser, en una palabra, que la revolución social pueda ser reducida a las proporciones de la operación de tesorería aquí descrita. Hay que desearlo, y, así se espere o no, hay que actuar como si ello pudiese y debiese ocurrir. Por eso, la ciencia, después de

<sup>8</sup> *Théorie géométrique de la détermination des prix* (Appendice premier aux *Éléments d'économie politique pure*), page 17.

<sup>9</sup> Page 71 (*Théorie générale de la société, leçons publiques faites à Paris en 1867-68 : deuxième leçon*).

<sup>10</sup> Page 73 (*Même leçon*).

<sup>11</sup> Page 344 Page 344 (*Théorie mathématique du prix des terres et de leur rachat par l'État*).

haber formulado el ideal de justicia y del interés, debe además indicar vías y medios para su realización. Hecho esto, su tarea está cumplida, su responsabilidad liberada, y el resto le corresponde hacerlo a la política”<sup>12</sup>. Escuchémoslo hablar del socialismo:

“Esta necesidad insaciable, esta búsqueda ardiente y obstinada de los efectos de la justicia social más allá de todos los resultados de la actividad individual, es lo que hay de legítimo, es lo que hay de invencible en el socialismo”<sup>13</sup>. Y además: “Lo que es imposible, es que el socialismo científico y liberal no haga su cosecha y su vendimia”<sup>14</sup>. Escuchémoslo, finalmente, hablar de la Revolución francesa: “Nos corresponde a nosotros, sus hijos, defenderla contra sus adversarios; pero, sobre todo, nos corresponde continuarla, persiguiendo la verdad y la justicia social de entre todos los problemas de la filosofía y de la ciencia. Luego nos tocará a nosotros, o a otros después de nosotros, perseguir, a través de todas las agitaciones de la libertad, la realización de todas las promesas de la democracia”<sup>15</sup>.

De igual modo que, en el trabajo general de la humanidad, en la obra humana, hay lugar tanto para el trabajo artístico como para el filosófico, el científico y el vital, en esta parte preliminar del quehacer humano que es la obra de renovación social —o mejor dicho, de salvación social—, hay lugar para un arte social, una filosofía social, una ciencia social y para el trabajo vivo de la acción social. Quienes desdeñen aquí el arte, la filosofía, la ciencia o la acción serían culpables, pues mermarían así la obra integral de salvación, al igual que lo son quienes desprecian la acción política o sindical, ya que reducen proporcionalmente la acción total.

Lo necesario es que, para los fines comunes, cada cual trabaje al máximo y de la mejor manera desde su ámbito y según sus capacidades: el artista, el filósofo, el científico, el hombre de acción. Cada uno desde su ámbito y según sus medios, bajo la condición de que, en horas críticas —en los momentos decisivos—, el artista, el filósofo y el científico compartan con el hombre de acción su porción de la tarea, cada cual desde su ámbito y según sus capacidades. Y con la exigencia de que, en tiempos ordinarios, una solidaridad inquebrantable los una a todos en torno a los objetivos colectivos. Aquí, nuevamente, hace falta construir la unión socialista.

<sup>12</sup> Page 350 (*Théorie mathématique du prix des terres et de leur rachat par l'État*).

<sup>13</sup> Page 70 (Deuxième leçon).

<sup>14</sup> Page 171 (Sixième leçon).

<sup>15</sup> Page 97 (Troisième leçon).

Si el científico que trabaja en construir la ciencia de la economía pública quiere, por su parte, establecer esta unión y no faltar a la solidaridad, debe atender en lo posible a los efectos y resultados externos de su labor. Debe comenzar por realizar, por así decirlo, un cálculo extrínseco de las consecuencias más o menos lejanas. hecho este cálculo, debe empezar por cultivar las áreas de la ciencia que juzgue más fecundas. Así, M. Walras, en lugar de perseguir indefinidamente la serie infinita de teoremas de la economía política pura, derivó de ellos las valiosas enseñanzas de la economía política aplicada; así dedujo el conocimiento de un ideal social perfecto y, para realizarlo, el de medios que fuesen perfectos también.

Si pensamos, con M. Walras, que es necesario estudiar los fenómenos económicos según los métodos matemáticos, nos parece aun más necesario, desde entonces, porque así lo exige el método general, comenzar por analizar el uso de los métodos matemáticos en economía o, si se quiere, los métodos matemáticos mismos pensando en el uso que se quiere hacer de ellos en economía. Notamos entonces que el número matemático es indefinido y que la línea matemática también lo es, mientras que el número social, económico; de los hombres, de los medios, de los productos, de los trabajos, es un número definido en cada instante. De ahí viene que las unidades que constituyen ese número no son únicamente solidarias entre ellas como las unidades del número matemático ordinario o como los puntos de la línea matemática ordinaria, sino que están ligadas entre ellas, por así decirlo, por una solidaridad circular, cerrada. Por ello, si al representar nueve hombres en economía solo usamos el número 9, ya seremos inexactos: la expresión parece completa, pero no lo es. Para ser rigurosos, debemos representar a esos nueve hombres —suponiendo que la población total en el momento considerado sea de 1.500 millones— mediante la expresión:

$$\frac{9}{1.500.000.000}$$

dejando bien claro que, en todas las expresiones formadas de esta manera, el numerador no sobrepasaría al denominador.

En términos más generales, es inexacto comenzar por suponer  $n$  hombres o  $n$  francos, pero, suponiendo que el número total de los hombres y el número total de los francos, considerado en el momento, sean respectivamente  $T_b$  y  $T_f$ , es exacto comenzar por expresar:

$$\frac{n}{T_b} \text{ hombres}$$

y

$$\frac{n}{T_f} \text{ francos}$$

expresiones cuyo valore jamás será superior a 1.

Así, entre los datos de todo problema específico, se incluye no solo lo que se da sobre la especie considerada, sino también lo que se da inseparablemente sobre el género al que pertenece dicha especie. No se plantea entonces  $n$  francos, ni  $n$  hombres sin considerar el resto del numerario y el resto de la humanidad, de manera inseparable.

Por ejemplo: jamás se postularía la propiedad individual de un sujeto sobre un suelo dado sin considerar que, por el mero hecho de poseerlo, dicho propietario despoja incesantemente al Estado interesado —si se admite, con M. Walras, que el Estado es, de derecho, el único poseedor y propietario del suelo—. Nunca se olvidaría que basta con que el individuo exista para que, inseparablemente, exista también el Estado del cual depende.

Pronto se vería entonces que el ser económico, lejos de presentarse como algo dado que toque respetar, se nos revela como un dato que, por así decirlo, no se respeta a sí mismo: un dato alterado en su principio —alterado de antemano— por componerse de elementos irreconciliables. Así, en vez de agotarse en la tarea imposible de buscar para la cuestión social una solución “perfecta” —que respetara simultáneamente al ser económico y al derecho social —se emplearían las fuerzas fructíferamente en hallar la solución menos imperfecta posible.

Esta solución no sería la propuesta por M. Walras, puesto que se buscaría bajo nuevos datos y condiciones. Según él, tras  $m$  años comenzaría el reinado soberano del derecho social sin costo alguno para el ser económico; tras  $m$  años ocurriría la intersección entre ambos; tras  $m'$  años empezaría para siempre su coincidencia exacta. Esto funciona si tales años se consideran *aritméticos* —fracciones de un tiempo matemático infinito e indiferente al presente—: bastaría entonces representar el ser económico con una línea continua y el derecho social con una línea punteada hasta su intersección. Pero la cosa cambia si se reconoce que esos años no pueden calcularse ni figurarse como aritméticos. El matemático puede abstraer años homogéneos de años económicos heterogéneos, pero no puede derivar una serie indefinida de años —indiferente al presente— de una serie finita situada en un ahora concreto.

Así se evidencia que, en economía, no basta con seguir el método matemático ordinario: durante esos  $m$  años, el Estado debe obtener un

beneficio (una plusvalía que lo restablezca a la par). Pero si ya estuviera a la par —como debiera—, el mismo evento económico ocurriría, y todo beneficio sería excedente. Al aceptar la solución de M. Walras, el Estado queda eternamente despojado de dicho beneficio, obligado a usarlo para compensar pérdidas injustas.

“Creo —dice M. Walras— que lo verdadero es verdadero, cualesquiera que sean sus consecuencias morales, pero también creo que lo justo es justo, cualesquiera que sean sus consecuencias económicas”<sup>16</sup>. La desgracia es que sea imposible conciliarlas ambas, en el sentido en el que M. Walras quisiera; basta con que, para que no se pueda nunca jamás conciliarlas, que *el hecho*, una sola vez, haya prevalecido sobre *el derecho*. Preparar justicia definitiva y lejana, con injusticia intermediaria e inmediata no es justo. Y más vale empezar por creer “sobre todo” que lo justo es justo, cualesquiera que sean sus consecuencias económicas.

M. Walras, matemático, quiso hallar el «lugar» matemático donde coincidieran hecho y derecho, y pensar un ideal donde todo estuviera exactamente calculado. Lo logró, pero ¿no hubiera sido mejor calcular primero que ese mismo cálculo suele ser gravoso, y que a menudo es preferible confiar en los sentimientos de solidaridad humana? Es extraño preocuparse tanto por el Château Laffitte<sup>17</sup> y su futura distribución, cuando la batalla social se libra por el pan y la educación. M. Walras afirma que “habrá menos grandes médicos, artistas o administradores cuando la recompensa de los mayores esfuerzos solo permita beber cerveza o sidra comiendo coles y patatas”<sup>18</sup>. Sin embargo, sabe que muchos sabios jamás esperaron de la sociedad ese tipo de recompensa; que hay quienes han dedicado su vida a una ciencia por razones y sentimientos completamente ajenos al Château Laffitte.

No solo es lícito esperarlo, sino hay fundamento para creer que llegará pronto para los ciudadanos de la futura ciudad. Entonces, los cosechadores de trigo serán tan solidarios como hoy lo son algunos cosechadores de ideas. Los trabajadores de todos los oficios tendrán hacia el trabajo de sus conciudadanos ese respeto y hasta piedad con que M. Walras, por ejemplo, nos ha descrito la vida y obra de Gosse, muerto en el olvido... Quizás —y esta es su esperanza a largo

<sup>16</sup> Page 42 (Première leçon).

<sup>17</sup> Le Château Lafite hace referencia a un viñedo, ubicado en Burdeos, perteneciente, ya en la época de Walras y Péguy a la familia Rothschild. El vino de Château Lafite, producido en la viña, es un símbolo de lujo, en contraposición al humilde y básico pan (nota de la traducción).

<sup>18</sup> Page 232 (*Théorie de la propriété*).

plazo— “llegue el día en que el hombre trabaje y ahorre movido únicamente por el amor al prójimo...”<sup>19</sup>.

### MÍSTICA Y MATEMÁTICA: EL ENCUENTRO INTELECTUAL ENTRE CHARLES PÉGUY Y LÉON WALRAS<sup>20</sup>

Hoy en día, Charles Péguy (1873-1914) suele ser recordado —cuando no olvidado— como una figura literaria confinada a ciertos círculos católicos o como una víctima patriótica de la Gran Guerra. Para la inmensa mayoría de los economistas actuales, su nombre resulta ajeno. Sin embargo, esta amnesia selectiva oculta una faceta crucial: el joven Péguy fue uno de los primeros y más agudos analistas de Marie-Ésprit-Léon Walras (1834-1910), creador de la teoría del equilibrio general y figura central de la Escuela de Lausana.

La relación entre ambos, aunque breve —desarrollada esencialmente a lo largo de algunos meses de 1897—, fue intelectualmente significativa y sorprendentemente densa. Unió a dos figuras provenientes de mundos muy distintos: de un lado, Péguy, joven normalista (ENS), filósofo en formación, socialista convencido, *dreyfusard* y escritor aún en la búsqueda de su voz; del otro, Walras, economista ya consagrado, defensor de la economía matemática como instrumento científico indispensable. A pesar de las distancias disciplinarias, sociales y generacionales, encontraron uno en el otro un interlocutor válido<sup>21</sup>.

El primer punto de contacto se produjo cuando Péguy publicó en febrero de 1897, en la *Revue socialiste*, un artículo titulado “*Un économiste socialiste, M. Léon Walras*” —cuya traducción ofrecemos en este número—. Ese texto lo convirtió en el primer autor francés en analizar públicamente y con detalle la economía política matemática. En él, Péguy no solo reseñaba la obra del padre del equilibrio general, sino que desentrañaba su verdadero propósito político: lejos de justificar el capitalismo existente, Walras buscaba fundamentar un socialismo científico y democrático.

En este punto resulta imprescindible subrayar la heterodoxia de Walras, cuya figura llamó la atención de Péguy. Lejos de encarnar al

<sup>19</sup> Page 233 (*Théorie de la propriété*).

<sup>20</sup> Comentarios de Alberto Castrillón Mora. Especialista en Historia Económica. Profesor, Universidad Externado de Colombia, Bogotá, Colombia, [alberto.castrillon@uexternado.edu.co], [<https://orcid.org/0000-0002-0733-1318>].

<sup>21</sup> Cfr. Delaporte, J., & Walras, L. (1967). Péguy et le socialisme scientifique (correspondance avec l'économiste Walras). *Esprit*, 356(1), 93-99. <https://www.jstor.org/stable/24257973>



economista liberal convencional, Walras empleó el formalismo matemático no para justificar o fundamentar el orden capitalista, sino para mostrar sus límites y contradicciones. Su teoría del equilibrio general no constituía una apología de la competencia, sino que era un dispositivo analítico mediante el cual demostraba que un mercado verdaderamente libre exige una corrección institucional continua por parte del Estado. Por esa razón defendió la nacionalización del suelo, la regulación estricta de los monopolios y una redistribución equitativa de la riqueza, llegando incluso a definir su proyecto como un “socialismo científico, liberal y humanitario”. Esta combinación —una suerte de cristianismo laico de la justicia social, articulado con una matemática rigurosa y la llamada, en aquel entonces, la *cuestión social*— chocaba de lleno con la escuela económica francesa, optimista y doctrinaria, para la cual el *laissez-faire* funcionaba más como amuleto ideológico que como principio científico. Rechazado por la ortodoxia ultraliberal, Walras encontró en Péguy un lector capaz de reconocer la radicalidad moral de su empresa: un pensamiento que aspiraba a reconciliar ciencia, democracia y justicia allí donde el liberalismo dominante solo veía equilibrios espontáneos y armonías imaginarias.

Walras, sorprendido y complacido por la precisión analítica del joven normalista, le escribió de inmediato. Agradeció el rigor con que había examinado sus obras y destacó que, aunque otros comenzaban a explorar la matematización de la economía, Péguy había sido el primero en Francia en hacerlo con profundidad. Para un estudiante de apenas veintitrés años, militante en el *Cercle d'études et de propagande socialistes*, este reconocimiento era decisivo.

A partir de esta carta inicial se desarrolló un intercambio epistolar, breve pero cordial. Péguy envió a Walras un manuscrito filosófico hoy perdido —que describió como una “investigación filosófica sobre la economía matemática”—. Walras lo leyó tres veces, tomó notas y expresó un interés genuino, aunque se excusó de realizar una crítica detallada por no sentirse cómodo fuera del terreno estrictamente económico. Aun así, manifestó su deseo de discutir en persona ciertos puntos, como la observación de Péguy sobre la supuesta incompletitud de un modelo con  $n$  individuos y  $n$  mercancías, a lo que Walras replicó que en su economía pura se consideraban “todas las mercancías y todos los intercambiantes sin excepción”.

Lo notable de esta correspondencia es cómo, en medio del respeto mutuo, emergen afinidades significativas junto con divergencias irreconciliables. Ambos rechazaban el dogmatismo, valoraban la justicia social y estaban convencidos de que la economía requería fundamentos

sólidos. Péguy, por ejemplo, respetaba la honestidad intelectual de Walras y criticaba la idea de que la matematización estuviera al servicio del *statu quo*. Explicaba que Walras utilizaba la abstracción para limpiar la economía de sus distorsiones injustas, proponiendo una distinción radical basada en la justicia natural: al individuo le pertenece el fruto de sus “facultades personales” (trabajo y talento); al Estado, la propiedad de las “facultades colectivas”, es decir, la tierra y los recursos naturales.

Péguy detallaba con fascinación la solución concreta de Walras: el Estado debía recomprar las tierras a los propietarios actuales y pagar esa deuda capturando la “plusvalía” futura que generaría el progreso social. Se trataba, en esencia, de un socialismo de mercado donde la competencia perfecta solo se lograba socializando el suelo.

Sin embargo, se diferenciaban radicalmente en el modo de concebir la justicia y el tiempo moral de su realización. Para Walras, el progreso social podía construirse mediante reformas graduales, calculando un periodo de amortización de “x años” para pagar la deuda de la tierra y lograr la justicia plena. Para Péguy, en cambio, sacrificar a la generación presente en nombre de un equilibrio futuro era inadmisibile. Aquí reaparecía el *dreyfusard* intransigente. Su sentencia era contundente: “Preparar justicia definitiva y lejana, con injusticia intermediaria e inmediata no es justo”. Décadas después, John Maynard Keynes lo diría de otra manera: “en el largo plazo todos estaremos muertos”. Péguy no rechazaba la ciencia walrasiana; rechazaba su promesa aplazada.

Para entender esta intransigencia ética, hay que situar a Péguy en el huracán político de su tiempo. Su adhesión incondicional a la causa del capitán Dreyfus no era una maniobra política, sino una exigencia mística de la verdad. Esa misma pasión por la justicia lo unió inicialmente a Jean Jaurès, líder del socialismo francés, pero terminaron distanciándose. Mientras Jaurès, el político parlamentario, aceptaba los compromisos y tácticas de partido —la política—, Péguy —la mística— no toleraba que la verdad se sometiera a la conveniencia. Esta ruptura personal explica por qué desconfiaría luego de cualquier solución económica que pidiera sacrificar el presente.

La urgencia de Péguy no era retórica: la historia reservó un final simétrico y terrible para los protagonistas de este debate socialista. Jean Jaurès fue asesinado el 31 de julio de 1914, silenciando una de las últimas voces que podía detener la masacre. Apenas unas semanas después, el 5 de septiembre de 1914, el propio Charles Péguy caía en el frente durante la Batalla del Marne.

Para Péguy existe una distinción clave entre miseria y pobreza. Mientras la pobreza es un estado de suficiencia digna, la miseria es la exclusión humana, el estar por debajo del “límite fatal”. Mientras Walras se preocupaba por la distribución eficiente de bienes de lujo (el *Château Laffitte*), Péguy le recordaba que la batalla real es por el pan y la educación.

La correspondencia entre ambos terminó hacia abril de 1897. La vida de Péguy se vio absorbida por compromisos personales y políticos: se casó, abandonó la École Normale, fundó la *Librería Socialista* y se sumergió en la defensa pública de Dreyfus. Walras, ya mayor, continuó perfeccionando su sistema. La relación no se reanudó.

La relevancia de este intercambio se aprecia en su temprana recepción por parte de Antonio Gramsci. En un artículo de 1916, el joven Gramsci rendía homenaje a “este sentimiento místico religioso del socialismo... que invade todo y nos lleva más allá de las polémicas ordinarias”. Identificó así en la “fe mística” peguyana en la justicia un contrapeso crucial al materialismo instrumental de la política profesional. En esta lectura, Gramsci traduce el mensaje central que Péguy dirigía a Walras: la insuficiencia de cualquier modelo económico, por formal y riguroso que sea, que prescinda de un sustrato ético que lo sustente y le dé legitimidad.

Para terminar, el intercambio epistolar entre Péguy y Walras ilumina un momento de transición en el pensamiento europeo de la *Belle Époque*. Péguy expresa una exigencia moral inmediata; Walras, la estructura racional y matemática del bienestar posible. Su breve encuentro muestra que la economía política no puede separarse de la justicia viva, ni la moral puede prescindir del rigor analítico. El ensayo de Péguy es un llamado a la síntesis: reconoce la necesidad de la ciencia de Walras para ordenar la producción, pero exige la fuerza de la mística para impedir que la espera del equilibrio justifique el sufrimiento actual. Nos recuerda que la economía política no es una física social autónoma, sino una ciencia moral que, como bien supieron Péguy y Jaurès antes de que la guerra los consumiera, se juega la vida de los hombres en cada ecuación. Ese equilibrio fugaz —entre matemática y mística— constituye uno de los episodios más sugestivos y olvidados del pensamiento social de finales del siglo XIX.